

Don Pedro Lira



ES la segunda vez que me toca el triste deber de dar, desde las columnas de "Selecta" el último adiós a un gran artista chileno: la primera fué cuando se supo en Santiago la muerte anticipada, más terrible que la verdadera y definitiva que llegó, pocos meses después de mi pobre amigo Alfredo Valenzuela Puelma. Ahora es otra gran figura del arte chileno la que desaparece, de una manera brusca é inesperada, y si no tan cruel como en el caso de Valenzuela, bien dura también para la familia y los admiradores del ilustre extinto, cuyo aspecto físico y entusiasmos intelectuales tan juveniles hasta el último momento, permitían augurarle muchos años todavía de vida y de trabajo: me dicen que muy pocos días antes de que la noticia de la muerte del señor Lira viniera á sorprender á la sociedad santiaguina, se le había visto andar por las calles de Santiago, sin que nada hiciera sospechar una alteración siquiera en su salud.

Cuando don Pedro Lira estaba todavía lleno de vida y de actividad, en la época del Centenario, escribí un artículo titulado "El Arte en Chile" en el cual dedicaba al artista que hoy llora este mismo Arte Chileno, las siguientes líneas: "La personalidad más fuerte, la de más relieve de la generación que precede la que se está levantando ahora ¿será necesario decir el nombre? Todo el mundo sabe y reconoce que es don Pedro Lira. Durante treinta ó más años, don Pedro Lira ha sido la figura principal del arte chileno: por sus obras, por su trabajo encarnizado, por su influencia en todas las manifestaciones artísticas, por los apasionamientos en pro y en contra, se puede decir que en este período él ha encarnado el arte chileno; no es un juicio que yo formulo, es un hecho que constato y creo que nadie podrá negarlo. Hombre cultísimo y de una sólida educación, don Pedro Lira era admirablemente preparado para ir á París á completar su educación artística empezada aquí y á recibir impresiones fuertes y nuevas: tuvo, además, la suerte de tener como maestro, á uno de los artistas más distinguidos y más nobles de la segunda mitad del siglo pasado: Elie Delaunay. La influencia de este gran pintor, influencia, por cierto, benéfica y elevada se nota en los cuadros de la primera manera del señor Lira, y si, después el artista evolucionó y tomó nuevos rumbos, hacia los cuales lo lleva su espíritu emprendedor y curioso, sin embargo, se siente siempre, aún en las obras de estilo más distinto, la huella de esta sana y robusta enseñanza." y en seguida añadí: "...en este momento solemne del Centenario, desapasionada é imparcialmente he querido rendir ese homenaje al artista que habrá ocupado un lugar tan especial en los anales del arte en Chile."

Después de haber, en vida del artista, escrito las líneas que preceden, parece que yo podría hoy día, pasar á comentarlas y desarrollarlas con el ánimo reposado y la conciencia tranquila y sin embargo, nunca me he encontrado tan cohibido para escribir: quisiera prescindir, todavía más que en el juicio anterior, de toda contingencia que no fuera únicamente artística, y comprendiendo que desde dos semanas, la posteridad ha empezado por don Pedro Lira, quisiera olvidar completamente todo lo que no fuera relacionado, única y exclusivamente con las obras del pintor, pero, al mismo tiempo me doy cuenta de que la personalidad del señor Lira está compuesta de elementos muy diversos, pero que no pueden separarse unos de otros, si se quiere establecer bien claramente la acción poderosa que él tuvo sobre el arte chileno en sus albores

Si es indudable que el introductor y el fundador del arte de la pintura en Chile, fué el pintor francés Monvoisin, es, á mi modo de ver, no menos cierto, que el artista que afianzó y afirmó este arte y que creó la "escuela" chilena fué don Pedro Lira. Nacido en un hogar patricio, educado en medio del lujo y de las comodidades de la vida que le permitieron hacer los estudios clásicos, los más serios y completos, dotado por la na-

turalidad de admirables instintos artísticos, tenía el señor Lira todas las facilidades para seguir una vocación y desde el momento en que, efectivamente, resolvió dedicarse á la carrera artística, después de haber completado sus estudios hasta conseguir los grados de licenciado en leyes y abogado, él se entregó en cuerpo y alma al arte, al que debía ser fiel hasta los últimos minutos de su vida. Encontrando en la época de su juventud muy poco, ó quizás ninguna facilidad para adquirir en Santiago los primeros y tan importantes principios técnicos, de los cuales depende, casi siempre el éxito de toda una carrera de artista. Don Pedro Lira emprendió, lo más pronto que pudo, el viaje á Europa, y en París, tuvo la suerte de ser admitido como discípulo, por un gran maestro, no muy popular, pues su escuela y su genio eran muy altivos para conseguir la gran popularidad, pero que es y seguirá siendo considerado entre los artistas y los intelectuales, como una de las grandes figuras del arte francés en el siglo XIX: este maestro era Elie Delaunay, por el cual el señor Lira profesaba un verdadero culto. Tengo la seguridad de que fué á las enseñanzas y á la influencia de este gran pintor, que las obras del señor Lira deben el sello de seriedad y distinción sobria que son la marca de ellas, sobre todo de las de su primera manera. Por lo demás, naturaleza eminentemente impresionable y ecléctica, don Pedro, cuya cultura general era poco común, debía sentirse atraído no por las escuelas ligeras de los cuadros de género, sino al contrario por el arte más noble y elevado... Que me sea permitido aquí, hablar en pocas palabras, de mis relaciones personales con el señor Lira: desgraciadamente, estas relaciones fueron intermitentes, y si, en los últimos años, volvieron á ser muy cordiales, hubo una época, anteriormente, en que estuvieron enfriadas por ciertas divergencias y malas inteligencias, que si no modificaron nunca la alta opinión que tenía de las condiciones artísticas del señor Lira, me impidieron cultivar estrecha amistad con él, como había sido, en un principio, mi deseo: y deseo bien natural, pues además de la situación eminente social y artística de don Pedro, había podido descubrir que los dos teníamos poderosos motivos de "entente" en nuestra común admiración, diré más nuestro "culto" para dos genios del siglo pasado, Balzac y Delacroix! Se sabe que grandes amistades han sido fundadas sobre bases menos firmes!

Decía, pues, que don Pedro Lira en su primera época se había sentido atraído por el arte muy elevado y severo, del cual su maestro Delaunay era uno de los más nobles representantes: fué en las escenas de la mitología donde buscó y encontró los temas de sus primeros cuadros que llamaron la atención; estas escenas mitológicas, son entre todas, las que permiten más la alianza de tres grandes aspectos del arte, el clasicismo, el romanticismo y la fantasía poética. Romántico lo era, don Pedro Lira, por sus afinidades y por la admiración que sentía para el gran jefe de esa escuela, Delacroix: pero al mismo tiempo, siguiendo también la evolución que se producía en esa época y que se manifestó en las escuelas inglesa y francesa, creyó que la pureza del estilo clásico griego podía muy bien no estar reñido con la suntuosidad y la magnificencia del efecto y del colorido de los románticos, idea que inspiró la manera de los grandes maestros Delaunay, Gustave Moreau, Hebert, y que no era sino una vuelta á las tradiciones de la escuela veneciana. Los cuadros "Prometeo", "Caín" y "Sisifo" son los que representan este momento de la evolución de don Pedro Lira. En ellos se siente muy marcada la influencia de los maestros nombrados, que cuadraba por lo demás con las cualidades personales del autor, la distinción, el refinamiento y la conciencia artística. Estas telas revelan también la cultura del pintor y la seguridad de su técnica: el dibujo es de un estilo bastante noble y la valorización muy delicada al par que firme; en fin el colorido con sus grises plateados es muy agradable y distinguido. Son cuadros pintados sabiamente, de los que con el tiempo adquieren la solidez, el esmalte y la patena de las grandes obras.

Pero, espíritu sumamente activo y curioso, el señor Lira no podía encerrarse en una fórmula, ni contentarse con explotar un sólo campo; fiel, en eso también, á las tradiciones de su ídolo Delacroix, quiso ensayarse en al pintura histórica medio-eva... ¿Qué más admirables temas podía buscar en este estilo que los ofrecidos por la historia de la conquista de Chile? Y entonces pintó el gran cuadro de la Fundación de Santiago, que representa un esfuerzo considerable y en el cual se dejan ver las mismas cualidades de delicada valorización, de colorido discreto y de luz plateada que señalé ya en las obras anteriores.

Pero, en Europa, la evolución artística general seguía su curso y don Pedro Lira, con su actividad y su facultad de inteligencia y de asimilación, debía entusiasmarse luego por las ideas nuevas, sobre todo las que tenían por objeto adaptar fórmulas nuevas, á los principios eternos del dibujo y de la armonía general. Ya Millet y Corot habían impuesto su genio al mundo y los maestros futuros del impresionismo y de toda la escuela moderna, los Manet, Monet, Rensir, etc. todavía regados, burlados escarnecidos por el público, empezaban á mover y agitar hondamente á toda la juventud, pero sus intransigencias y su modo de ver y de ejecutar eran demasiados revolucionarios para poder ser admitidos y comprendidos sin transición y entonces, en esta magnífica eflorescencia artística que se produjo en Francia—como un verdadero resurgimiento—del año 75 al 85, imperó la escuela naturalista, que sin abandonar del todo los viejos moldes, introducía en ellos, algo de las teorías nuevas sobre la luz y el "prein-art", que fermentaban; además, siguiendo los principios literarios de Zola, esta escuela daba al *documento* directo, una importancia capital, casi exclusiva. El brillante éxito del malogrado Bastien-Lepage, que murió en plena juventud, cuando la gloria había tocado su frente, los de Cervex, de Roll, de Duez, todos impregnados de las mismas ideas, aunque con temperamento y modos de ejecución distintos, imprimieron un giro vertiginoso á la evolución que se produjo en esa época y que no podía dejar de seducir el espíritu vivo, animoso, ávido de novedad y sumamente comprensivo de don Pedro Lira. El resultado de esta evolución fué, en la obra de nuestro artista, el cuadro de los "Canteros" que resume admirablemente, á todos puntos de vista, este momento del arte francés. Por eso, no solamente como obra artística de gran aliento y llena de hermosas cualidades, sino también como *documento* artístico sintetizando una época este cuadro tiene y tendrá cada vez más, una gran importancia.

Sin embargo, después de una larga estadía en París, dedicada exclusivamente al arte y al perfeccionamiento de la cultura general, tocó para don Pedro Lira el momento de la vuelta á Chile, y rico de todo lo que había adquirido en enseñanzas artísticas é intelectuales, quiso seguir bajo el cielo de la patria su carrera tan brillantemente consagrada en París. Esta vuelta del señor Lira al país natal marca una fecha importante en su carrera y en la historia artística de Chile, pues de esta época data el papel principal que tuvo en todas las manifestaciones artísticas: fué también para él el principio de las luchas, de las polémicas, de las adhesiones entusiastas y también, ¡ay! de los odios y de las rivalidades.

Pasando bruscamente de la afebrada vida artística de París, en que, sólo con seguir la corriente, el tiempo pasa vertiginoso, al ambiente más bien refrigerante de Santiago, la naturaleza impulsiva, activa, y nerviosa del señor Lira, necesitaba, fuera del trabajo mismo de sus obras, otro campo de acción y de expansión: quería también comunicar á la sociedad chilena algo del fuego sagrado artístico que le llevaba; además, su espíritu autoritario y amante del mando por naturaleza y también por tradiciones de su sangre de aristócrata, tuvo la natural ambición de imponer las Bellas Artes en Chile, y de ser él el direc-

tor, ¿diré el dictador? de este movimiento de cultura y de arte. Por eso, al mismo tiempo que seguía pintando retratos, paisajes, cuadros religiosos y de género, su actividad incansable le hacía organizar exposiciones, interesar al Gobierno en la construcción de un Museo (el de la Quinta Normal) abrir academias para dar á los jóvenes los principios y las enseñanzas del arte, escribir libros y artículos, y en fin luchar con los rivales y los enemigos que, forzosamente, como todas las personalidades muy fuertes y absorbentes, él se había creado; porque, mientras don Pedro completaba en París su bagaje de conocimientos artísticos al mismo tiempo que se hacía consagrar como pintor de gran talento, en los salones y exposiciones en que obtuvo altos premios, otros artistas más jóvenes se habían le-

vantado, habían manifestado también condiciones sobresalientes, habían, como él, ido á Europa y como él también tenían grandes ambiciones y proyectos. En un campo estrecho, en el cual don Pedro Lira, por sus antecedentes sociales, por la autoridad de su talento y de sus éxitos creía probablemente no encontrar resistencias y poder ejercer una autoridad absoluta en las cuestiones artísticas, obedeciendo á sus instintos de dominación apoyados en la clara conciencia de su propio valer y muy sinceramente y desinteresadamente puestos al servicio de la cultura general de la nación, en ese campo, pues, el animoso artista se encontró con emulaciones, rivalidades no dispuestas á reconocer su hejemonía y se produjeron muchos choques é incidentes que son del dominio público. Un punto en que no se puede insistir demasiado es en el del absoluto *desinterés* material del señor Lira, cuya ambición no era otra que la de ejercer una autoridad moral, ambición por cierto, noble y elevada: se sabe que el señor Lira ha gastado una fortuna en pro de sus ideales artísticos.

No quiero insistir sobre estos sinsabores de la vida santiaguina del señor Lira, pero creo indispensable señalarlos, ya que fueron tan conocidos del público, y también porque sin ellos sería imposible dar una idea exacta de la

acción poderosa de don Pedro Lira en el movimiento artístico en Chile, desde 30 años, durante los cuales él ha formado la escuela artística chilena, la única escuela artística homogénea que exista en la América meridional. Como lo dije antes, la posteridad ha empezado para el gran artista cuya personalidad intensa y compleja, procuro analizar y comprender en este ensayo crítico: desde ahora, pues, sería natural que quedaran olvidados todos los detalles pequeños y mezquinos y no recordarse las luchas, sino los éxitos y las glorias; pero, precisamente, en el caso de don Pedro Lira, estas mismas luchas y rivalidades que amargaron su vida, pero que, sin embargo, no repugnaban á su naturaleza ardiente y llena de combatividad, estas luchas, decía, contribuyeron también en algo, quizás á mantener el entusiasmo entre los artistas y entretener la atención del público sobre las cosas y las cuestiones artísticas. Que no se vaya á creer que con eso tenga la intención de celebrar estas luchas y estas peleas: lo único que quiero demostrar es que no han sido tan dañinas como se podría creer. Las Bellas Artes no necesitaban por cierto, de estas manifestaciones, para afirmar su vitabilidad y llegar á ser consideradas como un elemento importante en el progreso nacional. Para imponerse á la atención y el respeto del gran público, todavía poco preparado, bastaba el hecho de que eran cultivados con entusiasmo en el seno de familias patricias las de Subercaseaux, de Errázuriz, de Orrego Luco, de Matte, de las cuales algunos miembros distinguidos emprendieron, con el más lisonjero éxito, la carrera de artistas profesionales ó delicados exclusivamente al arte. Don Pedro Lira, pues, era, **socialmente** bastante apoyado para hacer triunfar sin lucha la causa de las Bellas Artes en Chile, en unión con todos los otros artistas, que en sus últimos años podían haber reconocido unánimemente en él, al patriarca del arte... Pero no se puede rehacer la historia. En poco tiempo más, eliminado



Don Pedro Lira

hasta el recuerdo de los incidentes desagradables, todos reconocerán la acción poderosa y el papel decisivo que cupo al señor Lira, en el nacimiento de las Bellas Artes en Chile.

Uno de los ramos artísticos en que don Pedro Lira ejerció la más poderosa influencia directa, fué el de la enseñanza: tenía indudablemente el deseo y la facultad de ser un maestro y un educador; tenía también el dón de saber atraerse la voluntad y el cariño de los jóvenes que él distinguía: la adhesión incondicional, la fe inquebrantable y la fidelidad de casi todos sus discípulos debieron consolarle de muchos desengaños y además fortalecerle en sus ideas y ambiciones de ser el director del movimiento artístico chileno. Desde veinte años, serán muy pocos los pintores nuevos que no habrán pasado por el taller de don Pedro Lira y recibido de él los primeros principios, las primeras enseñanzas del arte. Se ha podido reprochar á esta enseñanza el ser un poco personal y encerrar los discípulos en una fórmula siempre igual, pero sería una gran injusticia hacer al maestro responsable de un defecto que provenía principalmente de la falta de otras enseñanzas, de otras fórmulas paralelas á la suya, provocando comparaciones, y emulaciones entre los jóvenes. Quizás, don Pedro Lira, por su voluntad férrea y su carácter entero imponía en cierto modo su manera de ver á sus discípulos, pero es cierto también que su enseñanza era profundamente honrada y sus principios artísticos de los más sanos. Los que después de haber adquirido estos principios, no supieron desprenderse, de la **manera** personal del maestro, demuestran sencillamente que no tenían temperamento propio original, y la prueba de ello es que se está levantando ahora toda una generación joven de discípulos de don Pedro, que conservando los excelentes principios recibidos, supieron encontrar fórmulas y maneras originales y distintas. ¿Citaré nombres? Los señores Alegría, Valdés, Plaza Ferrand, Undurraga, Burchard, Backhauss, Caracci entre otros, fueron todos alumnos distinguidos y preferidos de don Pedro Lira, y todos conservando el cariño, y, algunos de ellos, un verdadero culto por su primer maestro, han sabido emprender una brillante carrera, sin copiarlo y sin imitarlo.

Una de las características del señor Lira era, como lo dije varias veces, su incansable actividad. Gracias á ella podía hacer frente á las ocupaciones las más variadas: efectivamente, mientras dirigía academias y talleres, escribía obras y organizaba exposiciones, él seguía, al mismo tiempo, su carrera de pintor que no dejaba, ni un día, descansar los pinceles. Lo dejé, en otra parte de este estudio, con el gran cuadro de "Los Canteros" que representaba una importante evolución en su obra. En Chile, siguió la misma manera y la misma escuela, pintando algunos cuadros de costumbres íntimas y populares y sobre todo muchos retratos y paisajes: en todas estas obras se notan las mismas cualidades de seriedad, de distinción, de estilo, y de gran probidad artística. Pero, á pesar de los buenos resultados y de los éxitos conseguidos, á pesar también de los años, el espíritu eternamente joven y ávido de algo nuevo, de don Pedro Lira, estaba siempre dispuesto á dejarse seducir é impresionar y efectivamente, creyó encontrar un nuevo horizonte en el impresionismo, ó mejor dicho, en las notas impresionistas del distinguido pintor, don Juan Francisco González; pero esta nueva manera no cuadraba con su temperamento artístico discreto y más amante de las armonías grises y delicadas que de los efectos violentos; así es que volvió pronto á su antigua manera, y aún, en sus últimas obras parece notar-

se una reacción hasta la manera de sus primeros tiempos. En todas estas evoluciones de una hermosa carrera artística, don Pedro Lira fué poderosamente ayudado por los sólidos principios adquiridos en París, porque es indudable que la base de todo arte siendo el dibujo, la armonía de las líneas y de la composición, y en fin la ciencia del **oficio**, es decir de la manipulación metódica y razonada de los colores, quien posee estos principios, puede variar la fórmula y cambiar su manera superficial, sin temor de que sus obras pierdan la seriedad y la solidez: y estas cualidades el señor Lira las poseía cual ningún otro artista.

Hacen cuatro años, el que estas líneas escribe, fué encargado de organizar, con ocasión de las fiestas francesas del 14 de Julio, una exposición artística franco-chilena, en la cual se reunieron el mayor número posible de obras de artistas, discípulos de maestros franceses, es decir de todos los artistas chilenos que fueron á Europa. Don Pedro Lira, en homenaje al arte francés, del cual era un ferviente partidario, quiso mandar á esta exposición, que tuvo lugar en los salones del Palacio Urmeneta, un grupo importante de obras escogidas y ahí figuraron los mejores trozos de las distintas épocas de su carrera. Todas estas telas en las cuales se podía seguir las evoluciones que procuré estudiar en este artículo, se imponían por una grande y preciosa cualidad, la de la **personalidad** y del **sello** del autor; aún en las más antiguas donde se sentía la influencia de los maestros Delaunay y Alfred Stevens, había algo que hiciera, que colocadas entre cien otras de pintores distintos, cualquiera podría decir en seguida: "Esas son de Lira," y estimo que es difícil hacer mayor elogio á un artista.

Quisiera terminar sobre esta hermosa constatación y este homenaje rendido al gran artista que acaba de desaparecer, pero no puedo dejar de hacer una insinuación, de expresar un deseo.

En el taller de don Pedro Lira, entre muchas otras cosas, hay una pequeña tela, por la cual el maestro sentía un cariño especial: es una copia, hecha por él, de una de las obras maestras más indiscutidas del siglo pasado: la Entrada de los Cruzados en Constantinopla, de Delacroix. Estimo que el Gobierno haría bien en adquirir esta tela, si es posible; aunque sea una copia tengo la seguridad de que don Pedro Lira no ha pintado ningún otro cuadro con tanto cariño y con tanto entusiasmo, como que la pintó no con un fin comercial, sino para él mismo; además la copia de una obra maestra, hecha con una intención de estudio superior por un maestro, tiene, muchas veces, la importancia de una obra original: hacen pocos días en la venta de una célebre galería artística en París, una copia de otro cuadro, de Delacroix precisamente hecha por Renoir, alcanzó á 40,000 francos... No sé por qué creo que don Pedro Lira habría tenido un particular agrado al ver esta reducida copia suya colgada en el Museo, para que su nombre sea leído siempre junto con el de su maestro favorito: Delacroix.

El tiempo pasará, los años sucederán á los años, y cada vez más crecerá la figura de Lira, no solamente como pintor, sino como poderosa personalidad y campeón entusiasta é incansable del arte y del progreso de Chile; desde luego, ya que él ha entrado en la historia, se puede predecir que, muy pronto, en todos los libros en que se imprime este nombre: **Don Pedro Lira**, se añadirá debajo: **creador nacional de la escuela chilena de pintura.**

RICHON-BRUNET.

